

y mudanzas de su vida pública, y aquel espíritu de plácido y paciente sufrimiento que le sostuvo en los años de salud quebrantada y forzosa reclusión. No sentía necesidad imperiosa de buscar fuera animación y aplauso, teniendo como tenía bajo su techo un manantial inagotable de goces exquisitos. Aquel invencible amor á la lectura, que no hubiera cambiado Gibbon, según declaraba, por los tesoros de la India, era un elemento principal de felicidad en una vida tan feliz como la de Macaulay, una de las vidas más felices que ha podido relatar un biógrafo.

CAPÍTULO XI

1859

Tristes presentimientos. — Excursión á los Lagos ingleses y á Escocia.—Trozos del diario de Macaulay.—Su muerte y entierro.

Cuando empezó el año 1859, parecía poco probable que viniera á alterar ningún suceso el curso tranquilo de la existencia de Macaulay. Sus dolencias, aunque serias, no le abatían ni disminuían el ardor de su interés por el bienestar de los que le rodeaban. Hacia el fin del año anterior, su sobrina Margarita Trevelyan se había casado con el hijo de su antiguo amigo sir Enrique Holland: suceso que causó á su tío satisfacción profunda. Mr. Holland residía en Londres; y, por consiguiente, el matrimonio, lejos de privar á Macaulay de que la mirara como hija, le deparó otra casa donde se encontraba como en la suya. Pero ahora sobrevino una circunstancia muy inesperada que alteró en un momento toda la complexión de su vida. A principios de 1859 ofrecieron á mi padre el gobierno de Madrás. El aceptó el puesto, y se embarcó para la India en la tercera semana de Febrero. Mi madre se

quedó en Inglaterra durante algún tiempo; pero en plazo no muy lejano debía seguir á su marido, y Macaulay estaba plenamente convencido de que, cuando él y su hermana se separasen, se separarían para siempre. Aunque su creencia era hija de sus propias impresiones, y no de ninguna indicación de los médicos, no por eso estaba menos firmemente persuadido de que ahora su fin no estaba ya muy lejano. «Me despedí de Trevelyan (escribe el 18 de Febrero). El me decía: «Usted ha sido siempre un hermano muy bueno para mí.» Ciertamente he procurado serlo. ¿Volveremos á vernos algún día? No lo espero. Mi salud va mejor; pero otro invierno crudo acabaría conmigo probablemente.» En otra parte escribe: «No estoy mejor. Esta enfermedad me pone á ruda prueba. Sin embargo, la resisto. En cuanto á mi genio, no se ha agriado nunca, y mientras conserve mi inteligencia, no me parece que ha de exacerbarse por males de que evidentemente ningún ser humano tiene la culpa. Irritarse con parientes y criados por padecimientos que ellos no nos causan y que desearían aliviar, es indigno, no ya de un hombre bueno, sino de seres racionales. Sin embargo, veo bastantes ejemplos de irritabilidad para temer incurrir en ella. Pero estaré sobre aviso. En estos últimos tiempos he pensado varias veces que se acerca la última escena del drama. Desearía representarla sencillamente, pero con fortaleza y dulzura á la vez.»

La perspectiva de separarse de la hermana con quien había vivido tan unido desde la juventud—perspectiva agravada por el pensamiento de que llegaría seguramente su última hora cuando mi madre estuviese á miles de millas—era una dura prueba para la decaída salud de Macaulay. La soportó con virilidad y

casi en silencio; pero su espíritu no volvió á reponerse del golpe. Durante la primavera y el estío de 1859 su Diario contiene breves, pero significativas alusiones al estado de sus sentimientos. Sólo una de ellas puede insertarse aquí.

11 de Julio de 1859.—Una carta de Ana, muy triste y cariñosa. La ha contestado. Hay cierto placer aun en esta pena excesiva, porque lleva á expresar el cariño con una ternura que no se revela en las circunstancias ordinarias. Pero la pena es amarga, amarguísima. Ha venido el duque de Argyll, y me trajo los pliegos de un poema que va á aparecer de Tennyson. Me gusta extraordinariamente, á pesar de algunos defectos. La separación de Lanzarote y Ginebra, la penitencia de ella y la despedida de Arturo, son muy conmovedoras. Lloré en algunos pasajes; pero ahora estoy ἀπιδάκρυς (1), como dice Medea.

Hacia fines de Julio mi tío pasó una semana con nosotros en Lowood Hotel, á orillas del Windermere, y desde allí acompañó á mi madre y á mi hermana menor á una excursión de dos semanas por los *Highlands* occidentales y á Edimburgo, pasando por Stirling. En cada etapa del viaje se ofrecía alguna nueva prueba del vivo interés que su presencia despertaba en el espíritu de sus paisanos, para quienes su cara y su figura eran menos familiares de lo que suele acontecer tratándose de un hombre de su altura y reputación. Ahora salía tan rara vez de su retiro que, por dondequiera que se dejaba ver, iba acompañado de un respeto que le satisfacía y de una curiosidad que no le molestaba. Anteayer—escribe á Mr. Ellis—fui al cementerio de

(1) «Predispuesto á las lágrimas.»

Grasmere y vi la tumba de Wordsworth. Pensé anunciar mi intención de ir, y dar papeletas de á guinea á las personas que deseaban verme allá. Porque un yanqui que estaba aquí hace unos cuantos días y supo que yo era esperado, dijo que daría todo lo del mundo por el espectáculo más sublime de la tierra: Macaulay ante la tumba de Wordsworth.

En Escocia—escribe mi madre—le recibían por todas partes con mucho entusiasmo. Le reconocían en seguida en los vapores y en las estaciones de ferrocarriles. En Tarbet fuimos escoltados hasta el bote, y mientras los acompañantes rodeaban á vuestro tío, buscándole un asiento y arreglándole cómodamente, yo me senté aparte junto á una muchacha que llamó á un hombre y le preguntó quién era la persona que los traía tan revueltos. El hombre contestó que era el gran lord Macaulay, el que había escrito la *Historia*. ¡Oh!—dijo la muchacha.—¡Yo creí que no era más que una novela! Y se unió al grupo de los curiosos. Cuando fuimos á la iglesia del doctor Guthrie en Edimburgo, la concurrencia nos abrió paso para salir. En los hoteles solía darse el caso de servir á Macaulay una comida mejor que la que había pedido—cosa no pequeña, acompañado como iba de otras personas—y negarse después á aceptar el pago de su alojamiento. En Inverary escribe: «El fondista se empeñó en convidarnos á nuestro paseo en coche de ayer; pero yo me negué terminantemente. Luego casi lo sentí, y también Ana, que me había apoyado. Es tan bueno aceptar como dar. Opino exactamente como el héroe de Calderón:

«¿Cómo sabrá pedir
quien sólo ha sabido dar?»

Evito demasiado el recibir servicios que me gusta hacer.

Durante esta visita al Norte, mi tío fué aquel compañero tan agradable de viaje que siempre hablamos conocido—con la misma disposición á complacer y complacerse, y el mismo carácter tan dulce y tan igual.— Cuando uno de nosotros llegaba á quedarse solo con él, había á veces en su conversación un sello de melancolía que la prestaba singular encanto; pero cuando estaba completo nuestro pequeño círculo, aprovechaba con fruición cuantas ocasiones se ofrecían de entablar largos y sabrosos coloquios. Recuerdo especialmente una tarde que pasamos sentados á la ventana, contemplando el Windermere, y trazando bajo su dirección una lista de cuarenta nombres para una academia inglesa imaginaria. El resultado de nuestro tabajo, en la forma en que ahora le tengo ante mis ojos, ofrece evidentes señales de haber sido una obra de transacción, y, por lo mismo, no puede presentarse al público como expresión fiel y auténtica del juicio de Macaulay sobre los literatos y científicos contemporáneos.

En una carta á Mr. Ellis, escrita el 24 de Octubre de 1859, dice Macaulay: He estado muy bien físicamente desde que nos separamos; pero moralmente he sufrido mucho, tanto más, cuanto que he tenido que dominarme para parecer contento. Por fin se ha decidido que Ana y Alicia marchen á Madrás en Febrero. No puedo negar que es justo, y mi deber es ahorrarles todo lo que pueda aumentar la pena que sienten. Pero soy muy desgraciado. A pesar de todo, leo, y escribo, y procuro olvidar mi aflicción durante horas. Pero la aflicción vuelve, y volverá.

La prueba que ahora le esperaba era de las más ru-

das á que podía verse sometido, y apeló á todos sus recursos para afrontarla con entereza y resignación. A partir de entonces, miró como un deber ocupar su espíritu y fortalecer su dominio sobre sí, mediante un laborioso y continuo esfuerzo intelectual. Es menester—dice—que deseche estos pensamientos escribiendo; y con las fuerzas quebrantadas, volvió á sus trabajos, resuelto á no levantar mano hasta concluir otra sección de la *Historia*. En Octubre participa á Mr. Longman que trabaja con regularidad; y el 14 de Diciembre escribe: «Terminada al fin la legislatura de 1699 á 1700. Hay bastante en lo que he escrito que puede interesar á los lectores. De todos modos, esta es una buena ocupación para mí, y lo será mejor dentro de poco, cuando apenas me quede otra cosa. Cediendo á la misma resolución de apartar el curso de sus reflexiones del sombrío cauce que tendían á seguir, Macaulay, aun durante sus horas de ocio, empezó á leer sistemáticamente. Al segundo día de haber recibido el infausto anuncio de los planes de mi madre con respecto á la India, dió principio á la lectura de las *Anécdotas literarias* de Nichols—nueve tomos voluminosos de setecientas á ochocientas páginas de letra menuda.—Con una atención minuciosa que pocos hombres tienen la paciencia de conceder á libros que no piensan reeditar, examinó y escudriñó ese vasto repertorio de erudición del siglo XVIII, rectificando errores, supliendo omisiones, estigmatizando faltas de gusto y de gramática, y enriqueciendo todo espacio en blanco, que tentaba á su lápiz, con profusión de importantes y sabrosos comentarios. Marchando animosamente, á razón de tomo por semana, leyó y anotó la obra entre el 17 de Octubre y el 21 de Diciembre.

Durante este período de su vida, Macaulay lo pasa-

ba indudablemente menos mal cuando se encontraba solo en su biblioteca (1), porque, en compañía con los que estaba á punto de perder, el placer del instante no podía menos de verse nublado por tristes presentimientos. «Casi desearía—escribe—que lo que ha de ser sucediese inmediatamente. Temo los cuatro meses próximos más aún que los que han de seguir á la separación. Esta despedida prolongada, este lento paladeo de la hiel y el vinagre, es terrible.» Ciertamente el porvenir se le presentaba bien oscuro; pero Dios, que tanto le había bendecido, procedió benignamente con él hasta el fin, y no permitió que su carga fuese superior á sus fuerzas.

Viernes 16 de Diciembre.—Desde esta mañana habré de contar algunos de los días menos agradables de mi vida. Hubo que recurrir al medicamento, pero creo que me dejó muy mal parado. La helada era más intensa que nunca y paralizaba la circulación (2). Amén de la irregularidad del pulso, sufría todo lo que sufrí cuando en 1852 tuve que marcharme á Clifton. La depresión, la debilidad, el desfallecimiento del corazón, la incapacidad de hacer nada que exigiese un esfuerzo sostenido, me angustiaban sobremanera. Escribir, aunque sólo sea unas pocas palabras, me es violento. Sin embargo, leí alemán, latín é inglés y salvé el día pasablemente.»

17 de Diciembre.—Tiempo muy crudo. Rara vez ha

(1) El 16 de Octubre dice en su Diario: «He leído, y he visto, como siempre, que un libro interesante obraba como un calmante.»

(2) El mal estado habitual de la salud de Macaulay se había agravado á consecuencia de un paseo que dió, con un viento recio del Este, desde el Museo Británico al Athenæum.